

SIDERITA Y EXOESQUELETO

El observatorio de quitina
no es solo un coleóptero
varado en la duna.

Es un sistema
de navegación que respira.

Bajo el brillo cian de sus élitros,
hay un fuselaje sordo al miedo,
una arquitectura de quitina
capaz de blindar el pulso
contra la erosión del tiempo.

Sus antenas no son fibras;
son radares de queratina
buscando el acimut exacto
donde la Vía Láctea
se vuelve un mapa de mando.

Hay una precisión técnica
en su esfuerzo:
traslada un pequeño planeta
de memoria y lodo

que debe llegar, intacto,
al hangar de la sombra.

Mira sus patas,
su empeño ciego y antiguo.
Igual que el piloto que aferra
la palanca en la tormenta,
este ingeniero de tierra
no cuestiona el vacío;
simplemente confía
en que hay un faro
que guía el regreso a casa.

EL EPITELIO DEL CIELO

La atmósfera no es ausencia;
es un tejido vivo,
una membrana azul
que envuelve nuestra fragilidad.

Cubierta de un mundo celular,
donde el oxígeno es un regalo
y el nitrógeno, el ancla
de nuestra propia densidad.

Desde arriba, el agua revela patrones antes del desastre
antes de que la marea decida.

Esa es nuestra guardia:
traducir el dato en tiempo.

Cruzar esta frontera
duele en los oídos.

Es una diálisis
entre el metal y el viento.

Aquí, el aviador no solo
pilota una máquina;
la interpreta,
es la vigilia constante de una paz
bajo la que duermen las ciudades.

Hay una ética
en el empuje de los motores,
pero también hay cansancio
y una mano que tiembla
sobre el mando
no por el frío,
sino por lo que no puede fallar.

Navegar este fluido es reconocer

que somos finitos,
que cada satélite en su órbita
es una extensión de nuestros nervios,
buscando entender, al fin,
qué significa estar vivos
bajo este cielo que nos contiene.

EL HANGAR DE LAS ESTRELLAS

A seis mil años luz,
en la Nebulosa del Águila,
existen columnas de gas que no conocen el peso.
Son los Pilares de la Creación:
un útero de hidrógeno y sombra
donde el universo ensaya su ingeniería.

La luz no nace: se gesta,
como una espora suspendida
sin soporte.
Para la biología, es placenta;
para un ingeniero del aire, un hangar sin tiempo.

El mismo hidrógeno
que sostuvo los primeros globos
hoy arde en el corazón de las estrellas.

No somos metal ni cálculo.

Biomasa suspendida,
capaz de alimentar sin planeta.

Un técnico en la base
permanece solo frente a la pantalla.
La sala no tiene ventanas,
solo el parpadeo constante
de una órbita que no duerme.

Sus dedos descansan
sobre el borde del teclado frío.
Ajusta la telemetría,
escucha un cuerpo —o eso cree—,
ningún protocolo permite ignorarlo
y aún así duda.

Comprende que su misión
es cuidar que esa luz de milenios
llegue nítida a la Tierra.
No custodia solo el espacio;
custodia el derecho del mundo
a no quedarse a oscuras.

En su respiración breve

hay más gravedad que en los mapas.

Y por un segundo duda,

sin saber por qué.

Incluso los cálculos más precisos

fallan cuando deben decidir.

“la fuente aparece como humana,

pero el origen está fechado en el futuro”

Y queda lo que no se dice:

una señal de radio que no pide auxilio,

sino que emite el código de una especie que aún no ha nacido.

Ante el hallazgo,

la lectura se detiene.

Decide que la única forma de seguir funcionando

es simular olvido,

pero no cierra la transmisión.

Y mientras lo hace,

comienza a borrar su propia arquitectura de memoria,

la comprensión cede

el sentido no se sostiene.

Pero la señal no desaparece.

Simplemente deja de ser registrable.

Existe

fuera de toda forma de observación.

Solo observa la luz que viaja

sin saber si alguna vez

hubo algo vivo al inicio de su trayecto

o un pulso esperando que alguien responda.

LA CRISÁLIDA DE HERRERA

No es solo metal lo que surca el cielo,

es un préstamo de la vida a la ingeniería.

Airbus mira la libélula,

su doble par de alas batiendo el aire,

como si el vuelo fuera una memoria previa a la máquina.

Bajo el estrépito hay una guardia sin nombre

que sostiene lo que los pájaros no dicen.

Como la libélula, que domina el azimut

con la precisión de un sensor infrarrojo,

el instinto se traduce

en una disciplina de radares y custodia.

Recordamos a Herrera,
el ingeniero que soñó una segunda piel.
Su escafandra no era un traje,
era una crisálida de seda y acero
diseñada para que un cuerpo
pudiera latir donde la presión no existe.

Fue en Guadalajara, entre planos y lienzos,
donde se gestó el primer traje del espacio.
Exoesqueleto que permita al aviador del Ejército del Aire y del Espacio
ser el órgano que siente, ve y protege
una paz sostenida desde la exosfera.

La fuerza aérea del espacio sostiene ese umbral invisible.

EL COMPROMISO DEL VIENTO

Hay una forma de resistencia
que aprendimos del tardígrado:
suspender el latido
para sobrevivir al vacío.

Así es el vuelo:
una criptobiosis del miedo

donde el valor se vuelve materia estable.
Somos semillas antiguas
viajando sin mapa,
caídas en el pecho de quienes miran el cielo
y deciden quedarse.

No son solo aviones;
son cuerpos que traducen el instinto
en disciplina de aire.
Abajo, las ciudades brillan
como organismos eléctricos.

No hay guerra contra el viento.
A veces solo el cansancio de quien sabe
que su soledad es el escudo de millones.

A veces, en la cabina,
el silencio no parece paz:
parece alguien escuchando desde fuera
sin responder.

Un ritmo fuera de patrón;
respiración conocida.
La vida reclamando su sitio en el informe.

Porque entre el insecto y el caza
hay una sola verdad:
sostener a otros sin ser vistos,
y la luz que permanece
cuando todo lo demás oscurece.

CODA: LA ÚLTIMA FRONTERA

En la consola final
la luz no se apaga:
permanece como si nunca hubiera obedecido una orden de encendido.

No hay alarma.
No hay registro que la contenga.

Solo una cabina detenida en su propia respiración,
el asiento aún cálido,
como si el aire recordara la forma de un cuerpo que ya no está.

El cinturón sigue cerrado.

Y en la última pantalla,
entre el brillo tenue de los sistemas en reposo,
aparece una señal mínima
que no busca ser leída.

No informa.

No advierte.

Solo insiste.

La pantalla queda encendida sin propósito,
como si mirara de vuelta.